

## AGENDA CIUDADANA

### LA HISTORIA RECIENTE: UNA VISION EXTERNA

Lorenzo Meyer

Una Tesis Relativamente Positiva.- Andrés Oppenheimer, un periodista argentino radicado en Estados Unidos y corresponsal de The Miami Herald, acaba de sacar la nueva edición de un libro publicado originalmente en 1996 México: en la frontera del caos, cuando los temas dominantes eran las secuelas económicas y políticas del “error de diciembre” y la transición del autoritarismo a la democracia. La nueva edición contiene un prólogo que es una evaluación de lo ocurrido desde entonces: el inicio del nuevo régimen.

La visión del hombre de The Miami Herald en América Latina del cambio de régimen en México y del gobierno presidido por Vicente Fox es una evaluación de lo ocurrido, hecha desde las peculiaridades del punto desde el que se observa —Estados Unidos— y del contraste de lo acontecido en México con los procesos que tienen lugar en el resto del subcontinente latinoamericano. Y la verdad es que esto último, la comparación, lleva a que la vida política mexicana, que en 1996 se veía al filo del agua, al borde del caos, ahora se perciba mejor, o menos mal, en contraste con lo que está aconteciendo al sur de nosotros.

En efecto, si se le ve desde una Argentina cuyo PIB a caído en 15% en el primer semestre de este año o de un Brasil que necesitó la ayuda masiva del Fondo Monetario para no caer, entonces un México estancado desde 1982 y cuyo crecimiento económico este año no llegará del 2%, no está tan mal. Analizado desde la perspectiva de una Venezuela donde la división se da en las calles con manifestaciones violentas de centenares de miles y donde el olor a golpe de

Estado impregna la atmósfera o desde un Perú donde el presidente tiene apenas respaldo, un México con un Congreso muy dividido o con una mayoría de gobernadores en pugna por recursos fiscales con el presidente, pareciera una balsa en aceite. Si a un México donde su clase política se ha ganado la desconfianza del 90% de los jóvenes (Reforma, 17 de noviembre), se le mira desde un Ecuador donde los candidatos presidenciales son un coronel golpista y un millonario y demagogo populista, entonces la situación es positiva.

Si el México de la industria del secuestro o donde después de años siguen sin resolverse los asesinatos de más de 200 mujeres en Ciudad Juárez –uno de los crímenes en serie más impresionante de la historia reciente--, es observado desde la perspectiva de Colombia, donde hay tres ejércitos y donde regiones enteras están fuera del control de Estado desde hace años, entonces la situación no es tan desesperante. Si las tensiones entre México y la hiperpotencia del norte se examinan desde la perspectiva de una Argentina que lleva meses clamando en el desierto por ayuda externa para salir de su crisis o de una Cuba para la que continúa la Guerra Fría a pesar de que en el resto del mundo esa guerra terminó hace mucho, entonces los problemas de nuestra política exterior son minucias.

Ahora bien, si la comparación del caso mexicano se hiciera con los pocos ejemplos de países exitosos en nuestra región, es decir, con Chile, cuya economía es hoy la más dinámica del subcontinente y donde el sistema democrático ha vuelto a echar raíces y su proceso político no sufre de la parálisis del nuestro, entonces la situación mexicana no se percibiría tan bien. Pero, de nuevo, tampoco se miraría del todo mal. Después de todo, en Chile el ejército sigue siendo un actor sobre el que el presidente y los civiles no tienen pleno

control. En contraste, sin negar que existen problemas de adaptación de nuestro ejército a la modernidad política y jurídica, en México ya se puede llevar ante la justicia a dos generales por sus vinculaciones con el narcotráfico, e incluso por algo políticamente más sensible e importante en el largo plazo: violaciones a los derechos humanos de más de un centenar de prisioneros durante la guerra sucia de los años setenta del siglo pasado, pues se sospecha que fueron torturados y ejecutados por las fuerzas armadas en el estado de Guerrero.

La Inexperiencia.- Para Oppenheimer, una de las características de Fox y su equipo es la falta de experiencia política, lo que se ha reflejado en errores de conducción. Esa inexperiencia empezó a crear problemas prácticamente desde el primer momento en que Fox empezó a actuar como presidente electo y ha seguido haciéndolo. Nadie puede negar los errores de un grupo de administradores de empresas convertidos en responsables de conducir a México en la primera etapa de su vida democrática. Sin embargo, hay que llevar esa afirmación hasta sus últimas consecuencias, es decir, a aceptar que el atractivo de Vicente Fox para esa parte del electorado hastiada de la corrupción y prepotencia del PRI, fue precisamente el no haber sido nunca antes parte del viejo aparato político.

Fue su falta de biografía en la política del antiguo régimen --el no estar teñido por las complicidades del pasado--, lo que dio al foxismo su valor moral. Esa fue una de las razones que explican el margen de ventaja del candidato panista en las urnas del 2000. Sin embargo, la inexperiencia como garantía de honestidad tuvo un precio: los errores al asumir un mando para el cual no se podía haber estado preparado. Es claro que los errores y malas decisiones del

nuevo gobierno no se explican exclusivamente por la falta de experiencia, que también cuentan insensibilidades, cálculos mal hechos, improvisaciones. Sin embargo, todo ello era hasta cierto punto inevitable, parte del precio por pagar a cambio de asumir nuestra condición de una sociedad democrática. En el mejor de los casos, algunos errores se hubieran podido evitar, pero no todos.

Nadie en México debería de exigir o esperar que algo tan complejo como es el desmontar un régimen autoritario y particularmente corrupto que casi duró todo el siglo XX, fuese una operación rápida, limpia, sencilla y exitosa. Para dirigir tamaña empresa histórica, ninguna experiencia hubiera resultado suficiente. Ahora bien, entender la causa de los errores no implica, desde luego, renunciar a subrayarlos ni dejar de exigir su pronta corrección.

Ser o no Ser.- Y ya entrados en el tema de los errores, Oppenheimer plantea que, en realidad, “[e]l mayor riesgo para Fox, y para México, es que su gobierno pase a la historia como ‘más de lo mismo’, que el pueblo mexicano llegue a la conclusión de que la lucha de tantos años contra el autoritarismo de los gobiernos anteriores no sirvió para nada”. El mayor riesgo es que el pasado condicione demasiado el presente y haga que se pierda el porvenir.

Desde el inicio del primer gobierno del nuevo régimen surgió en su seno una división muy importante sobre como actuar de cara al pasado como condicionante del futuro. Para unos asesores de Fox la idea del cambio –idea central en su campaña electoral— debía tener consecuencias claras e inmediatas. Y una de ellas tenía que ser la de obligar a un PRI derrotado y desmoralizado, a responder por algunos de sus peores actos de autoritarismo y corrupción. Había que crear una Comisión de la Verdad que abriera los expedientes del 68 y del 71 y

de la guerra sucia que siguió. Había que deslegitimar al pasado inmediato. En contraste, para la otra ala del foxismo, el mantenimiento de la gobernabilidad en circunstancias donde no se tenía mayoría en el Congreso ni en los gobiernos locales, requería hacer lo hecho en España: mantener a los esqueletos del PRI ocultos en sus catacumbas a cambio de lograr la colaboración de los derrotados pero no vencidos. Tras dos años de gobierno, queda claro que quienes demandaron el cambio de fondo en materia política —el cambio de modelo económico y de estructura social, nadie en el foxismo lo propuso— perdieron la partida y el PRI se recuperó sin otorgarle nada a Fox. Queda por ver que señales manda la sociedad mexicana en la elección intermedia del 2003, aunque ya lo que hoy está en juego es algo impensable inmediatamente después del 2 de julio del 2000: el retorno del PRI al poder en el 2006.

México: en la frontera del caos es una historia de la política reciente y que se escribió teniendo en mente al gran público, local y, sobre todo, extranjero. El caos al que se refiere es el que estaba en las puertas desde el último decenio del siglo pasado, producto de los errores y abusos de uno de los autoritarismos más prolongados y estables del siglo XX. Esa visión está condensada con pluma clara, ágil y siempre usando el ejemplo que ilustre, sin interferencias teóricas, el punto que interesa al autor.

La selección de problemas con que se recreó ese nudo gordiano de contradicciones en que se convirtió el régimen priísta, es, por un lado, propia del observador que desea explicar México al extranjero y, por otro, de quien se propone mostrar que el fin del autoritarismo priísta debió de haberse dado antes

del 2000, para disminuir los enormes costos sociales e individuales causados por la cadena de corrupción que caracterizó la vida política mexicana.

El mosaico de temas y casos elaborado por el autor dar vida a ese caos que asechaba y asecha a México al término del siglo xx, se inicia con el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), que es visto desde la óptica del gobierno de Carlos Salinas, del ejército y del grupo rebelde, en especial de su dirigencia. Con toda razón concluye: Chiapas, “era el epítome de todo lo que estaba mal en México”, y sigue siéndolo. Y del sureste el relato pasa a invitar nuestra atención a la campaña electoral del 94, donde se destaca la magnitud de los dados cargados con que se jugó la campaña electoral que dio el triunfo al “candidato accidental”, a Ernesto Zedillo. Ahí está la tristemente célebre reunión del 23 de febrero de 1993 en casa de Antonio Ortiz Mena, donde el presidente del país extrajo 25 millones de dólares a cada uno de los 25 comensales, que constituían el conjunto de empresarios más favorecidos por el sistema priísta. Otro dado cargado fue Televisa, cuyo enorme peso propagandístico fue echado sin recato en favor del candidato oficial, y la lista sigue. El asesinato de José Francisco Ruiz Massieu, secretario del PRI, da pie a mostrar y explorar la patología de la élite salinista. El “error de diciembre” de 1994 es abordado desde varios ángulos, pero todos desembocan en exponer los enormes costos de la corrupción y de la irresponsabilidad de un sistema que no podía ser llamado a cuentas por su sociedad.

En este cuadro no podía faltar el tema del narcotráfico y la relación de ese fenómeno con la corrupción de los brazos armados del sistema: ejército y policía. En fin, que no había que buscar la desestabilización y el caos creciente en una

conspiración de “malosos”, como sugirió en algún momento el presidente Zedillo, sino en algo evidente y nada secreto: en la misma lógica del sistema en su etapa de decadencia. Baste un ejemplo, el del levantamiento indígena en Chiapas. Las autoridades militares y políticas tenían pleno conocimiento de la existencia del movimiento insurgente desde mucho antes del 1° de enero del 94. Las razones del descontento indígena eran claras e incluían despilfarros tan monumentales como kafkianos. Para ocultar esa problemática, incompatible con el país que Salinas quería venderle al resto del mundo, en vez de reprimir optó por cooptar. Pero los millones de pesos que el gobierno regó en Chiapas no llegaron a la raíz de los problemas sociales, ¡pues la propia corrupción oficial sabotó la efectividad del gasto!

Al final se nos ofrece una interpretación del conjunto de hechos y datos seleccionados. La tesis es simple y contundente: la élite política del México posrevolucionario se fue cerrando en si misma y uno de los resultados fue su degeneración. Se trató de un proceso degenerativo no biológico, como en algunas monarquías europeas, sino psicológico y moral: “cada vez más miembros de la clase gobernante presentaban serias deformidades psicológicas, que habían convertido a muchos de ellos en criminales”. De ahí, que la mejor manera de cerrar la puerta al caos que tanto ayer como hoy acecha a México era y es, encontrar primeramente una solución política y ética a la corrupción institucionalizada.